

Yuliana Rivera*



Todos los hombres, de Ethel Krauze

[...] De cuándo acá
 Las sirenas son monstruos
 O están así por castigo
 divino.
 Más bien ocurre lo contra-
 rio: Son libres,
 Son instrumento de poesía.
 Lo único malo es que no
 existen.
 Lo realmente funesto es
 que sean imposibles.
 José Emilio Pacheco, "La
 sirena".

"Dos fieras se han lanzado al ataque... nos encontramos en la llanura libre, sin saber qué hacer, somos dos ejemplares en perfecta libertad", dice el prólogo de *Todos los hombres*, de Ethel Krauze. Ante esta profecía los lectores nos sumergimos con Aurora en su mar de ilusiones, ansiedades, miedos, costumbres, manías, obsesiones y retos. A través de su mirada y su voz, nos va revelando sus íntimas anécdotas

como protagonista del relato, y los lectores, al seguirla, nos vamos desvelando como personas. Tras comenzar la lectura, el vínculo con la historia se establece inmediatamente, lo que quizá se deba a la sencillez y pulcritud de la prosa de Ethel Krauze.

De acuerdo con el racionalismo, los sujetos nos construimos y definimos a partir de las ideas externas, constituyendo, en principio, el tan intrínseco Yo. Desde esta perspectiva, la presencia de Dios se vuelve fundamental en la búsqueda de explicar nuestra existencia misma y de las cosas. Lo anterior dicho desde el esquema del pensamiento occidental, desde luego, a partir del cual se concibe el mundo. El relato de *Todos los hombres* creo que responde a esta lógica lineal, pues Aurora guía su vida, primero, a partir de las ideas de su padre, luego del concepto de Dios y la presencia de su madre, quien va cimentando las ideas que influirán en el ser de Aurora, la mujer de cincuenta y tantos años de edad con quien termina el relato, tiempo en el que definirá sus "propios" conceptos y su relación con el mundo. Como lectores vamos descubriendo de la mano de ésta las dua-

lidades de su ser femenino, curiosamente no tan racionalistas como la estructura que se le impone y en las que descubre gran fascinación una vez emprendida la aventura.

De este modo, en sus primeros años se reconoce a través de su padre, el primer hombre de su vida: "Es la mano grande como barca, y con olor a tabaco picante, que se adelanta esa mañana hacia mí" (p.13). Luego surge el encuentro entre Aurora y Dios, su sensación de confianza, la mirada invisible, la posible revelación del universo completo, lo desconocido, la incomodidad de no poder escapar a esa mirada, su molestia por no ser tan buena como él: "el señor de la pijama color crema" (p. 20). Más tarde, a los once años, "— a la niña llegó su mes", comenta la lavandera de la casa. Ante este impactante suceso, la protagonista expresa haber sentido: "que el mundo, el mundo todo, se metía en mi interior", experiencia a la que siguieron las lecciones de su madre: "erráticas y confusas". "—Te pones este algodón entre las piernas y encima este calzón de hule, y luego tu calzón de tela. — ¡Algodón? ¡Pero ya hay kótex! [...] —No corras, no juegues, ni hagas locu-

ras. Ya eres mujer" (pp. 27-28).

Aurora, a sus once años apenas si puede entender la advertencia: "ya eres mujer", cuando ya es inducida a establecer, con precaución, su relación con el género masculino. Dicho de otra manera, apenas termina de mudar dientes y ya comienza a vivir en estado de alerta. Este tipo de advertencias se mantienen a lo largo de su vida, por motivos de supervivencia, y no por una batalla con el género opuesto. Esto le crea conflicto consigo misma, por el simple hecho de resistirse a aceptar las ideas de aquellas y aquellos que quieren definir su identidad.

Desde una focalización interna, nos vamos identificando a ratos con las psicologías, según sea el caso, de su madre, de su amiga del colegio e, incluso, de ella misma, y nos reconocemos en las reuniones familiares obligadas y ridículas. También vamos conociendo a los hombres que aparecen en la vida de Aurora: Tito, el hermano mayor del chambelán de Grissel, prima de Aurora; Bernard y su esposa, quienes provocan aquel sueño inexplicable y el despertar de su erotismo, que surge de lo irracional, del im-

pulso, de la locura ingenua, pero, sobre todo, vital. Luego Mario, el chico tímido, y Samuel, su primera noción del amor: "El amor se volvió, entonces, noche con beso y un 'adoro' susurrado. Lentos suspiros. Dormir, soñar, despertar sin sombras. [...] quería *descuadrificar* a mi cuerpo, despenalizarlo, volverlo un ser entero, legítimo, mío, vibrante y amoroso" (pp. 62-63). Finalmente llega Oscar, su primer matrimonio y el juego de romper con los modales e incluso con la familia: "A mi padre no le importaba demasiado reglamentar las cosas. Si yo estaba contenta, era suficiente. Lo que cada vez soportaba menos eran las reacciones de mi madre, cada vez más rígidas, como de esfinge de perfil mirando sentada eternamente correcta" (p. 71). Más tarde, recuerda que no quería casarse, no era ella. Así, Aurora se convierte en madre, y "llorar parece más fácil que vivir" (p. 75).

La historia de Aurora continúa desarrollándose, y nosotros, los lectores, la observamos como en escenas.

Aurora y la segunda oportunidad: "Me fui... tenía treinta años, tres mil dólares y tres meses para estudiar en Londres" (p.79). Con ella, Ke-

vin. Ahora era una mujer más perceptiva, más sensible, más sirena, pensando la vida como el paraíso, como Gauguin, lo sencillo, la naturaleza de las cosas, lo necesario, sin pretensiones, sólo la vida. Pero allá, lejos, libre, a la vanguardia dice Aurora, Kevin resultó no ser lo que pensaba, y casi se derrumba.

Sergio y la madurez, Aurora y su angustia: "siento que no he empezado a vivir de veras y ya estoy más cerca de la vejez" (p. 87). Aquella relación distante y fría con Sergio, la lleva a establecer implícitamente un símil entre madurez y vejez, y la hace evocar a su fiera, a esa sirena: "atrapada en su propia trampa" (p.102).

Lyosha y Aurora, o Lyosha como distensión entre el enfrentamiento madre e hija, el reencuentro. La playa, una analogía de la naturaleza de ambas. También, como telón de fondo para el encuentro entre las sirenas, Aurora y Bárbara. "Soy Aurora, la madre. Es un regocijo serlo, una punzada, una incertidumbre. Veo a mi madre mirándome desde la luna del tocador. Pasa como una hoja hecha de neblina" (p.114). Aquí el lector pasa las líneas del relato con mayor detenimiento, como si la

historia, con voz callada nos advirtiera del futuro: hoy se puede ser hija y tener muchas cosas por reprochar, pero también mañana tal vez serás madre, y en este momento mirarás el pasado a través del presente. Como lectora se puede estar en ambas circunstancias, y es en este encuentro donde se enciende el corazón, pues sin distinción de los contextos sociales, de la cultura o hasta la edad, como expresa la protagonista, "las mujeres, no somos mujeres, somos una mujer" (p. 98). En este capítulo, el rasgo profético de la legendaria y femenina criatura marina, la sirena, es también compartido con la mujer de tierra.

La terna: José, el padre de Aurora, y su gachupina Candela su segunda esposa. Frente a ellos nos revela: "juegan a los amantes descarados, con una ternura conyugal que me conmueve" (p.125). Mientras que su madre "está en condición de humo blanco" (p.129). Aurora, una mujer de cuarenta años ya, y Candela, nos conmueven, nos permiten estar en cada una de ellas, y es por estos detalles significativamente trascendentes en el relato que no podemos detener la lectura. Pues, "Somos sirenas que guardan los

secretos del mundo" (p.142), dice Aurora tras la catarsis de aquella conversación.

Julio, el último hombre: Aurora, ya con cincuenta y tres años, reflexiona, a veces agotada, decepcionada y sola, acerca del tiempo, del futuro, del sentir y del querer; ya ha aprendido a rezar, pero continúan sus cuestionamientos: por qué y para qué. A ratos es Medea, a ratos Venus, pero siempre sirena, en la dualidad del ir y venir entre dos universos. Ser y estar, al mismo tiempo juez y parte de lo desconocido, de la incógnita, y nadar en el mar de emociones, sentimientos, irracionalidad e intuición, ser todo eso, pero a la vez, no saber qué hacer con ello. "Me estoy volviendo poeta, ya no puedo escribir sin estas metáforas que bien a bien no sé si explican lo que yo quiero decir: Julio, socórreme, no me abandones ahora... ni después" [...] "¿Será posible ver las cosas al revés? Es decir, voltear el vaso medio vacío para verlo medio lleno" (pp. 202-203).

El miedo que enfrenta Aurora en esta última etapa al lado de Julio, es el de romper con la cárcel en la que mantiene a su fiera, el miedo a ser ella misma, a permitirse

una reconciliación con su parte animal, que está en todos y que nos acompaña hasta la muerte. Pero no es tarde, se da la oportunidad, pues a pesar de las dificultades que constituyen el comunicarse a lo largo de su vida, finalmente logra escuchar a su sirena y le da tregua. Despierta, vive, deja de ser “la imagen universal de la mujer en actitud de espera: entre la docilidad y la contención, entre la parálisis y la impotencia, entre la resignación y la redención” (p. 218).

Aurora y el mundo, Aurora bajo el agua, “No hay afuera y adentro” (p. 229). Aurora en lo propio. “Nado desnuda en la frescura. Acompañada por sí misma. Ha venido hacia mí nuevamente la sirena perdida. Ya no le temo, soy yo y soy ella” (*idem*).

Todos los hombres, un relato que pertenece al *continuum* de la obra de Ethel Krauze, “desilenciar el discurso interior femenino, [y otorgarle] palabras a los silencios”. Desde la intimidad emocional, psicológica, narrado desde una focalización femenina, también encontraremos y reconoceremos las voces de todos los hombres. Prosa poética, vital, amena, es decir, una experiencia en la que a ratos se quiebra la delgada línea que une

la vida con la poesía. Que revela conflictos, pero que también los concilia. Tras finalizar la lectura de *Todos los hombres*, atravesé por una semana de reflexión, que iba desde reírme de los recuerdos, hasta la compasión por aquello llamado futuro y su implícita madurez física y mental, pero ¿qué cosa es la segunda? En este momento prefiero compartir el siguiente enunciado de Candela: “La vida no se hace con dichos, Aurora, se hace con... con cosas de la vida, pues” (p.141).

*Egresada de la Universidad Veracruzana.

